

divinidad despues de su muerte. Por esto convenia impedir profundamente en ellos la idea de su divinidad, y con este fin sin duda los detuvo en Caná, donde queria tener la ocasion de obrar el primer milagro público á súplicas de su benditísima Madre.

Jesucristo se vuelve á Cafarnaun, y los discípulos á sus tareas domésticas.

Habiendo concluido Jesucristo con lo que queria hacer en Caná, ya no se detuvo mas en ella. Partió, pues, de allí, acompañado de su santísima Madre, de los que se llamaban sus hermanos, y de sus primeros discípulos, y bajó á Cafarnaun, ciudad que habia elegido por su morada ordinaria. Aquí se estuvo algunos días, y sus discípulos, que aun no se le habian unido inseparablemente, se volvieron á sus casas y ocupaciones domésticas. Algunos de ellas apenas no se apartaron de Jesucristo, porque queria el Señor tener en la Judea, no solo testigos de sus milagros, sino tambien cooperadores de su santo Evangelio. Felipe y Natanael regularmente se volverian á Betsáida, pues no vemos que acompañasen á su divino Maestro en el viaje que hizo á Jerusalem; mas Simon, conocido ya con el nombre de Pedro, su hermano Andrés y Juan Evangelista, permanecieron en Cafarnaun.

Llama á Pedro, Andrés, Santiago y Juan para que le acompañen á Jerusalem.

Sobre estos tres discípulos puso ahora su Majestad los ojos, y estos tres con *Santiago*, que era hermano de Juan, y segun san Epifanio, discípulo tambien del Bautista, tuvieron la dicha de acompañarle en su viaje. Todos cuatro eran pescadores, y como Cafarnaun estaba vecina al lago de Genesar, llamado antiguamente mar de Gali-

lea, ejercian en él su profesion. Ocupados en sus inocentes trabajos, y acaso cuando menos pensaban en volverse á unir con su divino Maestro, les llamó el Señor para que le siguiesen. Los primeros que llamó en esta ocasion, fueron los dos hermanos Pedro y Andrés, que estaban tendiendo sus redes en el mar. Seguidme, les dijo, y os haré pescadores de hombres. Habia poco tiempo que Pedro y Andrés se habian apartado del Señor, y luego conocieron al que tan recientemente habia obrado á su vista el milagro de las bodas de Caná, y dejando sus redes, se juntaron á su Majestad y le siguieron. Pasó el Señor con ellos adelante por la ribera del mar, y vió otros dos hermanos, á Santiago, hijo de Zebedeo, y á Juan su hermano, que con su padre estaban repasando en la nave sus redes, y los llamó; y ellos, dejando al momento sus redes y padre, siguieron al Señor.

Llega á la ciudad pocos dias antes de la Pascua.

Partió, pues, el divino Maestro de las riberas del mar de Genesar ó Galilea, acompañado de sus cuatro discípulos, Pedro, Andrés, Santiago y Juan, y llegó á Jerusalem pocos dias antes de la Pascua. No habia visto Jerusalem á Jesucristo, despues que se habia declarado por su rey y Mesías, ni le conocia sino por el testimonio de su Precursor, el Bautista, y por los milagros que ya habia hecho en la Galilea; mas esto debia bastar para que aprovechase de su presencia y recibiese su doctrina; pero Jerusalem desde el principio fué una ingrata y despues una obstinada. Bien la conocia Jesucristo; no ignoraba el tratamiento que podia esperar de ella, y cuando se determinó á llevar allá la luz del Evangelio, no fué tanto en consideracion al fruto que habia de dar cuanto por cumplir en toda extension su ministerio, y dar lugar á que las profecias tuviesen su cumplimiento.

Téngase presente que los Galileos celebraban la Pascua el día catorce y los Judíos el quince.

En aquellos días que estuvo en ella Jesucristo con sus discípulos antes de la Pascua, se veían venir en tropas los Galileos á sacrificar en el templo el cordero pascual el día catorce del primer mes, que era el destinado para celebrar la Pascua aquella parte de pueblo de Dios que no habitaba en el territorio de la Judea; porque conviene tener siempre presente, cuando se trata de la celebracion de la Pascua, que los Galileos la celebraban un día antes que los Judíos; division que debió ocasionar la multitud de víctimas, cuya multitud no era posible sacrificar en un solo día. Aunque Jesucristo habia nacido en Belén, se reputaba por natural de la ciudad de Nazareth, donde habia sido concebido y vivido veinte y cuatro años, teniendo al presente su domicilio en Cafarnaun. Esta ciudad y la de Nazareth estaban en la Galilea, y contando con que Jesucristo no dejaria de celebrar la Pascua estando en Jerusalem, aunque esta ceremonia de ningun modo le obligaba, creemos que la celebró el día catorce con sus Galileos; pero lo que no tiene duda es, que antes de la celebracion de la Pascua quiso darse á conocer por un rasgo de autoridad muy ruidoso.

Jesucristo echa de los atrios del templo á los que negociaban en ellos.

Subió con sus discípulos al templo, y el primer espectáculo que vió fué un abuso, ó mas bien una gran profanacion. Se permitia en sus atrios una especie de mercado ó de feria, y en ella se vendian bueyes, carneros y palomas para los sacrificios; y además habia banqueros cambiando dinero. Esto habia pasado á costumbre con pretexto de la pública comodidad. Mas aun cuando

fuera permitido á los que concurrían al templo comprar las victimas y proporcionarse los sáculos para las ofrendas pecunarias, no lo era á los sacerdotes, ni á los incontinentes del templo, ni á los magistrados permitir semejante negociacion en la casa de Dios. Jesucristo no pudo sufrir esta profanacion. Hizo un como látigo de cordeles, y les echó á todos de allí á latigazos. Sacó á golpes los bueyes y carneros; trastornó las mesas de los cambistas y derramó el dinero por el suelo. Por último, se dirigió á los que vendian palomas, y les dijo: Quitad estas cosas de aquí, y no queráis hacer la casa de mi Padre casa de negociacion.

Nadie se atrevió á oponerse á lo que hacia Jesucristo, lo que prueba que en esta ocasion obraba su omnipotencia, á la que nadie podia resistir. Sus discípulos al ver lo que pasaba, se acordaron de estas palabras del Salmo: Et celo de vuestra casa me consumió, y las consideraron cumplidas en la persona de su divino Maestro. Los Judíos se escandalizaron de la autoridad que Jesucristo se habia tomado, y como si los milagros que ya habia hecho no fueran testimonios suficientes para probar su mision y su poder, le pidieron nuevas pruebas. ¿Qué señal nos mostrais, le dijeron, para hacer esto? ¿Ó qué prueba nos dais para justificar la autoridad que os tomais entre nosotros?

Dice que puede reedificar el templo en tres dias.

Destruid este templo, les dijo, y yo le reedificaré en tres dias. Con que ¿se gastaron cuarenta y seis años en edificarle, le replicaron con indignacion, y tú dices que le levantarás en tres dias? En efecto, en cuarenta y seis años no continuos, sino interrumpidos y contados desde su principio hasta su conclusion, fué reedificado por Zorobabel este edificio, de que hablaban aquí los Judíos, y que habia sido edificado la primera vez en siete años

por Salomon, y destruido casi en un momento, cuatrocientos y cuarenta años despues por Nabucodonosor; pero no era este el templo de que hablaba Jesucristo, sino del de su propio cuerpo, que sería destruido en su muerte y reedificado en su resurreccion á los tres dias, como lo confesaron los discípulos cuando le vieron resucitado. Entonces, dice el Evangelista san Juan, se acordaron los discípulos que por esta resurreccion lo habia dicho Jesucristo, y creyeron á la Escritura y á la palabra que el Señor habia dicho.

Hace multitud de milagros en la Pascua.

Todo esto sucedió en aquellos pocos dias que Jesucristo y sus discípulos estuvieron en Jerusalem antes de la Pascua. No parece que se podia dudar que lo que habia pasado á este tiempo en la casa de Dios causaria ruido; sin embargo, ninguna novedad se advirtió hasta el dia de la Pascua. Mas luego que principió la fiesta, hizo el Señor tantos y tan grandes milagros, que á todos llamó la atencion, y por mas ciega y endurecida que estuviese esta soberbia ciudad, hubo muchos de sus moradores que se rindieron á la fuerza de los prodigios y reconocieron á Jesucristo por el verdadero Mesías, Hijo de Dios, y enviado de su eterno Padre. Era muy difícil que las palabras del divino Maestro, llenas de sabiduría, y sus acciones que no respiraban sino majestad y grandeza, y que caminaban acompañadas de la brillante luz de los prodigios, dejasen de hacer impresion en el espíritu de la multitud. Creyeron muchos en el nombre de Jesucristo, dice el Evangelista; pero añade, que Jesucristo no se creía á ellos; esto es, no se fiaba de ellos, ni les confiaba los secretos del reino de Dios, porque cono cía la debilidad de su fe, y que no tardarian en pedir su sangre y su vida, como lo hicieron delante de Pilatos en el tiempo de su santísima Pasion.

Nicodemo va á ver á Jesus de noche, y el Señor le instruye largamente.

Determinó Jesucristo salir de Jerusalem luego que se concluyese la Pascua, que duraba ocho dias; pero antes de verificarlo, un hombre llamado *Nicodemo*, de la secta de los fariseos, príncipe de los Judíos, doctor de la ley y miembro del sanedrín, ó supremo consejo de la nacion, vino á verle de noche y le dijo: Sabemos que sois un Maestro, venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos prodigios que vos haceis, si el Señor no estuviese con él. En verdad, en verdad te digo (modo de hablar para dar la mayor seguridad de una verdad) le respondió Jesucristo, que no puede ver el reino de Dios el que no renaciere de nuevo. Jesucristo hablaba aqui del renacimiento por la gracia; pero Nicodemo lo entendió de un renacimiento natural, y replicó: ¿Cómo puede nacer un hombre siendo anciano? ¿Por ventura puede volver á entrar en el vientre de su madre para nacer otra vez? En verdad, en verdad te digo, le respondió Jesucristo, á no ser que cualquiera renaciere del agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles porque he dicho, que es preciso nacer de nuevo (para entrar en el reino de Dios). El Espíritu inspira donde quiere y sientes su impresion, mas no sabes de dónde viene, ni adónde va: así es todo aquel que ha nacido del Espíritu. Este es, dicen los santos Padres, el Espíritu Santo, que se comunica á quien quiere, y como le place, y aunque se ignore por qué camino entra en el alma, se conoce su divina presencia por la mudanza admirable de aquel en quien habita.

Despues de la explicacion de Jesucristo, ya no insistió Nicodemo en la idea del renacimiento corporal; ¿Pero cómo puede hacerse, preguntó, esa regeneracion

espiritual que decís? ¿Y qué, respondió Jesucristo, tú eres maestro en Israel é ignoras estas cosas? Que fué decirle: ¿tú que enseñas á los hijos del pueblo de Israel, que es el mas instruido de todos los pueblos, tú no entiendes mas que si fueras un gentil? ¡ Luego tú ignoras que un hombre renace espiritualmente cuando pasa del estado de la culpa al estado de la gracia! ¡ De ser enemigo de Dios á ser su amigo! ¡ Luego tú no tienes presente que vosotros los hijos de Abraham despues de haber entrado por el nacimiento natural en una vida animal, como los hijos de las naciones, habeis sido reengendrados en una vida espiritual por la fe de la Divinidad y por el sello de una adopción celestial! Ved ahí lo que un hombre de vuestra clase debia entender, y porqué yo te he dicho, que para entrar en el reino de Dios es preciso nacer segunda vez. En verdad, en verdad te digo, que lo que sabemos, hablamos, y lo que vimos, atestiguamos; y si lo que os he dicho de la regeneración espiritual que se obra en la tierra, y de la que tenéis testimonio en vosotros mismos, no lo creéis, ¿cómo creeréis las cosas del cielo, si os las revelase y os dijese lo que pasa en el seno de Dios?

Continuando Jesucristo su celestial doctrina, ninguno, dijo, sube al cielo (para traer la ciencia de Dios á la tierra) sino el Hijo del hombre, que bajó á la tierra (para la enseñanza y salud de los hombres), sin dejar por eso de estar en el cielo. Así como levantó Moisés en el desierto una serpiente de metal (para que mirándola los hijos de Israel no muriesen de las mordeduras que recibían de las serpientes vivas que el Señor habia enviado para castigar su idolatria), así conviene que sea levantado el Hijo del hombre (en la cruz) para que todo el que cree en él, no perezca, sino que consiga la vida eterna, porque Dios de tal modo amó al mundo, que dió (no á un ángel, ó á un arcángel; no á un querubín, ó á un serafín), sino á su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él, no perezca, sino que tenga

la vida eterna. No ha enviado Dios ahora á su único Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que por Él sea salvado el mundo. El que no cree, ya está juzgado, porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Mas este es el juicio (el cargo): que la luz (el Hijo de Dios) vino al mundo, y los hombres han amado mas las tinieblas que la luz, porque eran malas sus obras, y todo hombre que obra mal, aborrece la luz, y no quiere venir á la luz, para que no sean reprendidas sus obras; pero el que obra bien, viene á la luz para que se manifiesten sus obras, porque son hechas en Dios.

Como Nicodemo eran un hombre sincero y de buenas costumbres, no tenia motivo para temer que fuese de aquellos hombres que huyen de la luz y prefieren apagar la antorcha, mas bien que verse precisados á reconocer con su resplandor la indignidad de los vicios que los dominan. Nicodemo, á pesar del recelo con que dió los primeros pasos para buscar al Señor, mereció empezar á instruirse desde su primera lección en los mas sublimes misterios de la religion. No se dice que penetrase desde luego su fondo, ni se hallase enteramente instruido en su admirable doctrina. Estaba reservado al Espíritu Santo darla á conocer á los hombres con mayor claridad cuando fuese enviado á la tierra despues de la Ascension de Jesucristo á los cielos. El divino Maestro no la enseñaba sino de un modo proporcionado á las personas que instruía. Poco á poco sus lecciones eran mas claras, y las verdades aparecían tanto mas creíbles, cuanto sus pruebas se presentaban mas eficaces.

La fe de Nicodemo siguió estos progresos comunes de la revelación. Creyó en Jesucristo como en Hijo enviado de Dios, y le reconoció como Mesías anunciado por los profetas. Se llenó del celo de su honra y su gloria, y favoreció, no ya secretamente y de noche, la predicación del Evangelio, sino públicamente y en medio del día; y el celo con que se declaró por Jesucristo en su

muerte, procurando su honrosa sepultura, cuando hasta los apóstoles estaban intimidados, nos hace ver el grande amor que profesó á su querido Maestro desde que se declaró su discípulo.

Sale Jesucristo de Jerusalem y va á predicar en los pueblos de sus contornos.

Una vez ganado para el Evangelio este hombre grande en su clase y empleos, y mucho mas grande por su fe y su virtud; este hombre que habia de servir para justificar la condenacion de tantos otros de la misma clase que habian de contribuir á su muerte, pidiendo su sangre; una vez hecha, repito, esta insigne conquista, Jesucristo no se detuvo ya en Jerusalem, sino que se ausentó de ella, como tenia determinado, aunque no de la Judea. Las ciudades pequeñas, las aldeas y lugares de esta porcion de la Palestina ofrecian mas abundante cosecha, y estaban mejor preparadas que la soberbia Jerusalem, para llevar frutos abundantes. Por eso Jesucristo condujo sus discípulos á estos pueblos humildes y predicó en ellos el reino de Dios.

Institucion del Sacramento del Bautismo.

En este tiempo fué, segun se cree, cuando instituyó el santo Bautismo, cuya necesidad habia manifestado á Nicodemo en su divina instruccion. Este Bautismo no era una simple ceremonia, ni una profesion exterior de penitencia como el de san Juan, era ya un Sacramento de la nueva ley que borraba los pecados, perdonaba su pena, conferia la gracia santificante y pedia por disposiciones la fe en Jesucristo, Mesias prometido, nuevo Legislador é Hijo y enviado de Dios, y el aborrecimiento de los pecados. En los pueblos y aldeas adonde el Señor

se habia retirado, encontró, como tenia previsto, hombres sencillos y exentos de aquella soberbia de entendimiento que apartaba de sus lecciones á los habitantes de la capital y les prevenia contra su doctrina.

La humildad afirma la fe y la soberbia la derriba.

El Señor instruia á estos hombres sencillos con afebilidad, y ellos le oian con docilidad y creian sin dudar. Los impíos, que no pudieron ignorar por largo tiempo las conquistas que hacia Jesucristo en los pueblos, tuvieron lástimas de esta buena gente, pareciéndoles que se dejaban engañar por apariencias, cuando al contrario se movian á creer por el cumplimiento de las profecias, por la santidad de la doctrina, por la edificacion de la conducta del predicador y por la multitud y evidencia de los milagros que hacia. El carácter de la impiedad ha sido siempre mirar con desprecio á los que creen sobre los fundamentos mas sólidos, siendo ellos los que deben ser mirados con desprecio á pesar de la sabiduría que afectan, porque no creen sobre fundamentos, ó por decir mejor, porque no creen. Hombres superficiales, que para ser trastornados y desconcertados en sus ideas de religion, bastaria un humilde fiel que les preguntase: cuáles eran las razones que tenian para no creer.

Jesucristo catequiza y predica, y los discípulos bautizan.

Se aprovechó Jesucristo de la humilde sencillez que debe componer la verdadera imagen de los adoradores de Dios y discípulos del Evangelio. Continuó en cultivar estas rústicas plantas, y se complacia en su cultivo. Reservaba para sí el cuidado de catequizar y predicar, de curar los enfermos, consolar á los tristes y aliviar á los afligidos, y dejaba á los discípulos el de administrar

el Bautismo. Se dice que Jesucristo bautizaba, porque santificaba interiormente, dice san Agustín; pero Jesucristo no administraba el Sacramento, sino sus discípulos, dice el texto sagrado. Jesucristo, pues, no bautizaba, ya fuese para evitar las quejas de aquellos fieles á quienes no pudiese bautizar por sí mismo, ó ya porque queria acostumarles á que le mirasen, no como ministro, sino como autor del Sacramento.

Disputa entre los discípulos de Jesucristo y san Juan sobre los dos Bautismos.

Á este tiempo no se hallaba ya san Juan en Betania. Acaso una nueva persecucion de los escribas y fariseos le habia obligado á retirarse á Ennon, ciudad de la Galilea, comprendida en la tetrarquía de Herodes y fuera de la jurisdiccion de Jerusalem. Allí bautizaba porque habia muchos manantiales de aguas y nadie se lo estorbaba. Sin embargo, el Bautismo de Jesucristo vino á ser bien presto motivo de una disputa, ó por mejor decir, de una conferencia entre los Judíos que recibían el bautismo de san Juan y los que recibían el de Jesucristo. La cuestion estaba reducida á saber: cuál era la diversidad de frutos que producian estos dos bautismos, siendo en el exterior tan parecidos. Claro estaba que los frutos del Bautismo de Jesucristo habian de ser incomparablemente superiores á los del bautismo de san Juan, siéndolo su Autor, del que habia dicho el mismo san Juan: que no era digno de desatar la correa de su zapato. Esto lo sabian sus discípulos; pero el espíritu de partido siempre es tenaz y porfiado, y no vemos que se decidiese la cuestion, solo si que desde entonces todos generalmente acudian al Bautismo de Jesucristo, aun cuando continuaba san Juan bautizando. Los discípulos de este, poco satisfechos con el efecto que habia producido la conferencia, acudieron á su maestro y le dijeron:

Sabe que el que estaba contigo á la otra parte del Jordán, y del que tú diste testimonio, bautiza tambien, y que todos vienen á Él. Tuvo compasion el Bautista del falso celo de sus discípulos. Ellos pensaban que se afligiria con esta noticia, y no podian dársela de mayor consuelo.

Discurso elevado y misterioso de san Juan.

No puede el hombre, les dijo, recibir algo (celestial) si no le fuere dado del Cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que yo he dicho que no soy Cristo, sino un enviado delante de Él. Á quien se da la esposa, ese es el esposo. El amigo del esposo que está con él y le oye, se regocija con oír la voz del esposo, y este regocijo se ha cumplido en mí. Conviene, pues, que Él crezca y yo mengüe. El que de arriba viene (como Jesus), sobre todos es. El que de la tierra (como yo), terreno es, y de la tierra habla. El que del cielo viene sobre todos es. Lo que vió y lo que oyó, ese testifica; pero son tan pocos los verdaderos creyentes, que se puede decir que ninguno recibe su testimonio. El que ha recibido su testimonio ha confirmado que Dios es verdadero; porque el que Dios envió, habla las palabras de Dios, porque no le da Dios el espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha puesto en sus manos. El que cree en el Hijo, tiene la vida eterna, pero el que no da crédito al Hijo, no verá la vida (eterna) sino que la ira de Dios permanecerá (siempre) sobre él. Este discurso de san Juan encerraba grandes misterios, bajo de expresiones algo oscuras que el Espíritu Santo habia de aclarar en su venida; pero entretanto este discurso servia para disponer los corazones á recibir de lleno la luz y acreditar en los pueblos el ministerio de Jesucristo, que era el objeto principal del Precursor.

**Jesucristo se retira á la Galilea para evitar la persecucion
de los escribas y fariseos.**

Cuando se oyó en Jerusalem tan de cerca la reputacion del Predicador divino, y los efectos que causaba su Evangelio, los escribas y fariseos, llenos de indignacion y de odio, dispusieron detener y sofocar la que ellos llamaban nueva doctrina. Ya estaba para romper la tempestad; mas como no habia llegado la hora de Jesucristo, el Señor la conjuró con una sábia retirada. Entre las instrucciones que el divino Maestro destinaba á sus apóstoles y sucesores en el santo ministerio, una era la conducta que debian observar en el tiempo de las persecuciones. Esta conducta que habia de enseñar algun dia con sus palabras, la enseñó aquí con sus obras. Dejó á la Judea y subió á la Galilea, donde se ponía fuera de los tiros de la sinagoga, porque salia de su jurisdiccion. Para ir camino derecho á la Galilea, era preciso pasar por la pequeña provincia de Samaria, adonde tampoco alcanzaba la autoridad de Jerusalem.

Descripcion de los Samaritanos.

Los moradores de esta provincia, llamados Samaritanos, del nombre de su capital Samaria, eran aborrecidos de los Judíos, y no querian tener con ellos comercio alguno de religion; porque los Samaritanos pretendian, aunque erradamente, que no estaban obligados á ir á adorar y ofrecer sus sacrificios en el templo de Jerusalem. Se cree que descendian en parte de una pequeña porcion de Cuteos, enviados por Salmanasar cuando conquistó la provincia de Samaria á poblar el país; y en parte de un número mas considerable de Israelitas de las diez tribus, que habiendo podido huir la cautividad de la Asiria, se juntaron con ellos en la capital de Samaria y sus contor-

nos. Allí conservaron la fe del verdadero Dios, la esperanza del Mesías, y el uso de la Circuncision y los Libros de Moisés, y levantaron un templo sobre el monte Garizim, contiguo á la ciudad, el cual subsistió doscientos años, hasta que fué destruido por Hircano, ciento veinte y seis años antes de Jesucristo.

La Samaritana halla á Jesucristo.

Emprendió, pues, Jesucristo su viaje á la Galilea y se dirigió por una de las ciudades de Samaria, que se llamaba Sicar, cerca del campo que dió Jacob en mejera á su hijo José. Allí habia un pozo ó manantial, que aun conserva el nombre de Fuente de Jacob. Jesus, pues, cansado del camino y sediento (era como al medio dia) se habia sentado sobre el brocal del pozo. Sus discípulos fueron á la ciudad á comprar comida, y entretanto vino una mujer á tomar agua, y la dijo el Señor : Dáme de beber. Admirada la Samaritana al oír estas palabras, ¿ cómo, dijo á Jesus, siendo tú Judío, me pides de beber, siendo yo Samaritana? Pues no ignoras que no tienen trato los Judíos con los Samaritanos. Si conocieras el don de Dios, la dijo Jesucristo, y quien es el que te dice : Dáme de beber, acaso tú se la pedirias, y te daria agua viva. Mas admirada que antes con esta respuesta, Señor, dijo, el pozo es hondo, y vos no teneis con qué sacarla ; ¿ dónde, pues, teneis esta agua viva? ¿ Sois acaso vos mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dejó este pozo, del que bebió él, sus hijos y sus ganados? Es verdad, dijo el Señor, que todo el que bebiere de esta agua volverá á tener sed, pero el que bebiere del agua que yo le daré, nunca volverá á tener sed, porque el agua que yo le daré, será para él una agua que saltará hasta la vida eterna. Dadme, Señor, de esa agua, dijo la mujer alborozada, dadme de esa agua, para que no tenga sed, ni venga á sacarla aqui.



Jesucristo antes de satisfacer á su peticion, la envió á que llamara á su marido y volviera con él á su presencia. Vé, la dijo, llama á tu marido y vuelve aquí. No tengo marido, respondió la mujer. Has dicho bien, la dijo Jesucristo, que no tienes marido. Cinco has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo. Nada mas capaz, que esta contestacion de Jesucristo, para sobrecojer á una mujer, que á lo menos guardaba un buen exterior, observaba una conducta regular y creía muy secreto su ilícito trato. Ella, sin embargo, se portó con rectitud, y la sinceridad de su confesion la dispuso para el perdon de su mala vida. ¡ Vos, Señor, vos, segun veo, sois profeta! Deseaba esta Samaritana saber con seguridad dónde debia adorar al Señor, y aprovechando la ocasion de hablar con un profeta, pues por tal le tuvo desde entonces, le hizo esta pregunta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalem está el lugar; ¿dónde conviene adorar? Esta pregunta de la Samaritana dió ocasion á una de las aclaraciones capitales que habia de hacer Jesucristo acerca de la diferencia de adoracion en la ley antigua y la nueva. Mujer, créeme, la dijo el Señor, que viene la hora en que, ni en este monte (ya habia sido destruido el templo Garizin) ni en el templo de Jerusalem adoraréis al Padre, y fué decirle: que llegaba el tiempo en que las ceremonias y sacrificios, tanto de los Judíos como de los Samaritanos, serian abolidos, y el culto de Dios no estaria ceñido á este ó el otro lugar, porque la fe de la nueva alianza se extenderia por todas partes, y Dios seria adorado en toda la redondez de la tierra, particularmente en los templos que se dedicarían, y recibiria en ellos un culto mas perfecto que el que habia recibido hasta entonces en el de Jerusalem. Vosotros, continuó Jesucristo, adorais lo que no sabeis. Nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los Judíos (segun la carne). Mas viene la hora, y es esta, en los adoradores verdaderos adorarán al Padre, no en victimas carnales, sino en espíritu y verdad, porque á estos

busca el Padre, para que le adoren. Dios es Espíritu, y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y verdad.

La descubre que es el Mesías.

Encontró la Samaritana dificultad en admitir lo que la decia aquel que habia reconocido por profeta, acerca de un nuevo culto que muy luego se habia de establecer para todos los hombres, sin distincion de Samaritanos, Judíos ni gentiles, y la pareció que no bastaba que lo dijese el profeta que tenia presente, sino que debia decidirse por el gran Profeta que esperaban, esto es, por el Mesías. Poseida de estas ideas, yo sé, dijo al que tenia por profeta, yo sé que el Mesías, que se llama Cristo, viene, y cuando llegare, sabrémos de Él todas las cosas, *Pues yo soy que estoy hablando contigo*, la dijo Jesucristo. Cual fuese la sorpresa y el asombro de la Samaritana al oír estas palabras del mismo Mesías, ella sola podria haberlo dicho; pero nada nos dijo, ni aun pudo decir, de la impresion que hicieron en su alma, porque apenas habian salido de los divinos labios de Jesucristo, cuando llegaron sus discípulos de comprar la comida.

Quedaron estos muy sorprendidos de encontrar á su divino Maestro hablando con una mujer, pues no acostumbraba, dice san Cipriano, á conversar con mujeres, y los apóstoles huían toda familiaridad con ellas. Tambien pudieron admirarse, dice san Agustin, al ver la humildad de su divino Maestro, que no se desdenaba de conversar con una pobre mujer, y mujer samaritana; pero era tan profunda la veneracion que los discípulos profesaban á su Maestro, que ninguno se atrevió á preguntarle, ¿ qué habláis con ella? La Samaritana, en cuya alma habian quedado grabadas profundamente las últimas palabras de Jesucristo, viendo llegar á sus discípulos, se retiró humildemente, dejando el cántaro (sin